

TEXTO COLECTIVO: 12 DE ABRIL DE 2010

Autores: Gabriela Vidas, Carolina Carolinita, Patri Lerner, Claudia Bordon, Polo Juárez, Negro YGucha y Alas

Estaba al horno. Había desbaratado, con un par de preguntas deslizadas estúpidamente para romper el tedio, una fábula construida con esmero durante décadas. Y voltear semejante personaje me iba a costar caro. Me tiré en la cama preocupada, asustada. Cómo fui capaz de preguntarle, así porque sí y tan ligeramente a mi viejo... ¿Y cómo fue que se te ocurrió engañar a mamá con otro hombre?

Si se lo estuviera contando a mi amiga Sofía, me diría: "estás en un mal día, no salgas de casa, sos de esas personas propensas a cometer estupideces" pero esa pregunta... esa pregunta... por qué no me la seguí guardando como todos estos años.

Aunque estaba llena de sentimientos encontrados, vergüenza, miedo, desolación, preocupación por el futuro, la respuesta no me conformó: "Cosas que pasan...". ¿Cosas que pasan? No, no era lo que quería escuchar. Mi curiosidad me llevaba más allá.

Si mi papá vive en casa y duerme con mi mamá hace tantísimos años, qué hace con ese hombre. ¡Vaya! ¡Qué pregunta tonta...! ¿Tonta? Creo que el mejor adjetivo era adormecida. Se me venía a la mente la imagen de mi hermano con cara desencajada, sentadito en el sillón de la abuela Clota, contándome cómo un compañero del laburo dijo que lo vio al viejo. Mi hermano estaba como loco, repetía: ¡¡¡los quiero agarrar, los quiero ver!!!

Me dejé caer en la cama aturdida sin atreverme a pensar y razonar lo que estaba pasando... ¿¿¿no era yo la que estaba a favor del matrimonio gay???, ¿no era yo la que aceptaba y quería a la gente sin importar su inclinación sexual? ¡¡¿¿y entonces por qué esto me afectaba tanto??!!

La respuesta no era muy difícil... esta vez el gay era mi padre. Pensé en mi vieja, en mi hermano, y me horroricé imaginando como esto podía afectarlos y, de pronto, todo el aturdimiento se convirtió en un silencio avasallador... la imagen de mi padre nítida y triste vino a mi mente, y en un segundo comprendí que el que más sufría debía de ser él. Pero también lo pensé con plumas y sunga, festejando en plena conga de orgullo gay, quizás con su casco de laburante. Pareciendo una remake trucha de los Village People.

¿Cómo sería su pareja? ¿Un mariposón haciendo contraste con la rudeza de albañil que mostraba papá? ¿Sería pasivo, activo o versátil? Me di cuenta de que el enano reaccionario que escondía bajo el corpiño estaba haciendo demasiada fuerza para mostrarse en todo su esplendor. Me dejé de joder con los eufemismos y me enfrenté, en pocas palabras con lo que era mi viejo: un puto. Mi viejo era puto. ¡No! mi viejo no era puto, ¡mi viejo era gay!! No entendía muy bien los ataques de intolerancia y agresión que me llevaban a pensar así de él, ¡pero sí! no era puto ¡jera gay!! Y era mi viejo, el que había jugado tantas veces conmigo, el que me había acompañado el primer día de clases, el que me había cuidado cuando estaba enferma... ¡¡ese era mi viejo!! Y empecé a pensar que el hecho de que fuera gay si bien cambiaba muchas cosas, no cambiaba lo principal, lo importante... el amor que sentía por él.

Estaba sumida en mis pensamientos cuando entró mi hermano corriendo: "¡Nena, levántate de la cama que hay quilombo!", dijo mientras temblaba por la excitación y una gota gruesa de sudor caía al piso después de recorrer una autopista colorada. "Afuera hay un tipo que quiere hablar con papá. Dice

que lo engañó y que quiere que salga el amante a la calle, que no le importa ir preso. La abuela se desmayó y están esperando a la ambulancia. Mamá llora mientras trata de resucitarla, ¡Dale, boluda! ¡Vení!”.

Bajé las escaleras, más por inercia que por curiosidad, el cuadro era digno de una telenovela de las tres de la tarde, la abuela desparramada en el piso, mi mamá le arrimaba una pastilla de alcanfor a la nariz, mientras sus mocos y lágrimas caían en la cara de la Nona. Un tipo gritaba de todo en la vereda, mi viejo negaba con la cabeza mirando por la ventanita de la puerta.

De pronto un grito: "¡Hacé algo, qué te quedás como pelotuda ahí parada!"

Mi hermano estaba más preparado para situaciones de catástrofe que yo, y eso que le llevo tres años.

Otro grito me traía de vuelta a la tierra...

-¡Baaaaaaaasta...ahhhhjjj...! -exclamó mi viejo antes de atragantarse con su propia saliva. Apoyó una mano en la pared, se pasó el dorso de la otra mano por la boca, nos miró a todos y se desplomó.

-¡Hacé algo, boluda! -repitió mi hermano, que hasta ahora no había hecho nada. Y yo, que había ensayado la escena mil veces en mi cabeza, corrí al teléfono a llamar a la ambulancia de la mutual. Y como que al final de la sogá viene el balde, caminé hasta la puerta y la abrí violentamente.

El hombre que había estado vociferando minutos antes, estaba sentado en una silla que le habían alcanzado los vecinos. Su cabeza caía pesadamente sobre su mano izquierda y toda la estructura descansaba, mediante el codo, sobre su pierna. La otra mano sostenía un vaso.

Lloraba, lloraba y lloraba, mientras la vecina de la esquina, Clara, lo abrazaba y otros lo ventilaban con diarios y buscaban palabras de consuelo.

- ¿Y ahora qué hago con todos esos chusmas? -pensé- De ahora en más voy a tener que salir encapuchada.

La llegada de la ambulancia sobresaltó a todos los presentes. Bajó un enfermero con pucho en mano, y señalando al "hombrecito" dijo:

-¿Él es la urgencia?

Y por primera vez abrí la boca:

- No, está adentro... están adentro.

El enfermero tiró el pucho sobre las petunias, y entró. Miró, y dijo al conductor de la ambulancia:

-Llama a la central, necesitamos dos unidades más, deciles que es por pelea familiar -mientras fruncía hacia la izquierda la boca en un maldito gesto de "en mi familia nunca pasaría esto".

Antes de que pudiera reaccionar, veo que mi papá se levanta de su desmayo. Solo, se incorpora, sujetándose de la pared, siempre con la cabeza gacha. La Nona seguía desmayada y mi mamá, bueno, ya las lágrimas habían mutado en una expresión de hastío, porque sabía que en parte, la Nona se hacía la convaleciente.

Yo miraba todo como una espectadora, como si toda la situación estuviese plasmada en una pantalla de cine. Sabía que no importaba lo que dijera, no iba a solucionar nada. En ese momento entró el enfermero, y mi papá le pegó un grito seco:

- ¡¡Rajá de acá, mocosó, nadie te necesita!!

-P... p... ero, ustedes me llamaron, ¿atiendo a la Nona? -preguntó desorientado el enfermero.

-Dije que rajes, nene, ¿no entendés? -el enfermero dio la espalda y encaró la puerta, murmurando vaya uno a saber qué cosa.

-¡Y usted, vieja de mierda, se levanta! -dijo mi viejo, señalando con su índice gordo y tosco a la Nona que se encontraba en su mejor actuación.

Inmediatamente la vieja abrió los ojos y se puso de pie, con la agilidad de una atleta rusa.

El viejo subió las escaleras casi al trote, y desde abajo escuchábamos el abrir y cerrar de puertas, cajones, vitrinas. Al segundo, mi padre bajó las escaleras, enfundando la escopeta que había heredado de su padre y que jamás uso.

-¡¡¡¡Alberto, estás loco, qué hacés con eso!!!! -gritó mi madre. Nosotros, el resto de nosotros, estábamos espantados. Salió a la puerta y gritó:

-¡¡Desaparecen todos de acá!! -y apuntó el rifle hacia un grupo de viejas que se habían acercado para hacer más grande el quilombo. Obviamente, salieron todos disparados, viejas, el tipo, los enfermeros, creo que hasta corrió el perro del viejo de al lado. Mi papá entró nuevamente a la casa, dejó la escopeta apoyada en el aparador, y dirigió la mirada a todos.

-¿Ahora todos hacen leña del árbol caído, no? -dijo, ligeramente enfurecido- Ahora todos conocen mi talón de Aquiles. Por primera vez, alguien va a poder decir algo de mí.

Y la miro a mi mamá...

La ambulancia se llevó a la abuela y a mi vieja como acompañante, entre toda la algarabía de la chusma mi viejo salió, lo vi hablar con el tipo sentado en la silla y después vi como los dos caminaban hacia la casa. Mi hermano sacadísimo dijo: "que ni se le ocurra...", pero ya era tarde. Mi viejo y el hombre ya estaban adentro, frente a nosotros que no podíamos ni hablar. Mi viejo al fin dijo:

- Les presento a Roberto.

Subí al colectivo, algo mojada por la lluvia. Habían pasado tres años de aquel día en que internaron a la abuela. Me senté en uno de los últimos asientos y dejé el paquete de facturas sobre mi falda. Me perdí en mis recuerdos, habían pasado tres años pero parecían tres siglos... el escándalo, la vergüenza familiar, las peleas, los reproches, las burlas habían sido parte de nuestras vidas durante el primer año, pero ahora ya había pasado mucha agua bajo el puente.

Mi vieja tenía un novio nuevo y hasta se la veía más joven, mi hermano había decidido irse a estudiar afuera, mi abuela seguía en el mismo lugar sin mayores cambios aparentes. Y yo finalmente me sentía en paz...

El colectivo frenó de golpe y me di cuenta de que me tenía que bajar en la próxima cuadra. Crucé la calle corriendo para no mojarme, toqué el timbre, se abrió la puerta. Le di un beso a Roberto, le entregué el paquetito y dije: "Hola pa, traje unas facturitas para el mate".